EN TORNO A LA «VITA NUOVA»

Anche Dante fu giovine — ha escrito Carducci. Nuestra imaginación estereotipa las figuras heroicas en una representación culminante que reconcentra toda la montaña en la cumbre. La imagen del Alighieri vive así, en la memoria de la humanidad, tan íntimamente asociada a su viaje alegórico, que el fuego infernal y la luz paradisíaca la transfiguran en milagrosa presencia. Pero también Dante fué joven.

Esta conmemoracióu universitaria nos advierte que la juventud estudiosa participa principalmente en ella. Y tal circunstancia me ofrece la oportunidad de evocar los años juveniles del poeta, en procura de esas afinidades de la edad entre los hombres, que establecen tan hondas correspondencias de alma.

La juventud de Dante... ¿ Pero sabemos algo de ella ? De la externa, la corporal, la visible, casi nada; de la interna, la del corazón, la del ensueño, casi todo. Y este todo se reduce a un exclusivo estado de amor que el lírico anota y analiza en conmovedora y serena confesión. Beatriz atraviesa sus páginas como un meteoro la noche : deslumbra, incendia y pasa; el efímero fulgor perdurará en el alma que se ilumina como un cielo. *Vita nuova,* primavera del corazón. ¿ Cuándo comienza, cómo termina en el poeta ? ¡ Ah ! *monna Bice* no es, por cierto, la única mujer que inspira rimas al adolescente; pero la materia poética de su primer libro desecha toda liga extraña a la inspiración directa o indirecta de su dama. Quede para el texto y la cátedra el afán prolijo de otras investigaciones. Devotos del genio florentino como Fraticelli, Carducci, D'Ancona, Barbi, Scherillo, han penetrado agudamente, hasta los más sutiles intersticios, la frase y el espíritu de la primera obra dantesca, y

han procurado hacer la luz en aquellas zonas misteriosas de su mente, de su vida y de su instante histórico, donde, acaso, vislúmbrase la clave del secreto, llamado a determinar dónde comienza, dónde termina, cómo se mezclan, cuándo se separan, la materia viva y la túnica alegórica. Sagaces y eruditas disquisiciones que reclaman la interpretación paciente del acervo documental y la paz fecunda del gabinete o del aula. No puede ser otro mi propósito en este acto, que el de evocaros la juventud del lírico de la *Vita nuova,* circunscribiéndome a sus páginas.

Desde los nueve años hasta los veinticinco, o sea desde su primer encuentro con Beatriz hasta la publicación de la obra, sólo el amor se enseñorea de su alma. Antes de aquel encuentro señalado en el libro de su memoria con una rúbrica que dice: *Incipit vita nova,* poco podría leerse, y el narrador oculta su infancia; algún tiempo después de entregar a los hombres el secreto de su corazón, al poeta enamorado sucede el luchador civil. Su adolescencia está, pues, casi entera, en las páginas de aquel libro en que la prosa sobria y bella engasta la pedrería lírica. Y aquellas páginas son muros inaccesibles a los rumores varios de la vida exterior y cámaras íntimas para el alma apasionada que se desnuda sin ruido. La adolescencia de Dante se transparenta, por tanto, únicamente, como un conjunto de suspiros, de éxtasis, de lágrimas, de cantos, de visiones delirantes, que corresponden a un saludo, a una mirada, a un desdén, a un presentimiento, a una pena. Es un período de vida, contado y cantado como en un sueño; vida que reduce el mundo a una atmósfera individual y la humanidad a una mujer que es casi una visión. En torno está Florencia, pero el enamorado no la ve ni la oye, velado por la nube de sus sentimientos, y sólo prestará atención a la vida externa cuando en ella encuentre un eco de su alma. Aun entonces, la pluma que sabe precisar con tan límpido relieve los más fugaces estados subjetivos, indicará las cosas sin nombrarlas, con evidente deliberación. Y la innominada Florencia será la *cittade ove la mia donna fue posta da l'altissimo sire,* y luego *la sopradetta cittade* y más tarde la *desolata,* la *dolorosa* y finalmente la *cittá dolente,* sin determinación local, en ningún caso, a semejanza de los ríos mencionados en la obra con tan abstracta universalidad como

en estos ejemplos : *uno fiume bello e corrente e chiarissimo,* o *uno rivo chiaro molto.* No menor incertidumbre nos acompaña ante las personas que circulan por el relato. La ausencia de nombres propios se une a la comunidad de los detalles genéricos, y si es sencillo identificar a quien denomina el primero de sus amigos en Guido Cavalcanti, cuya amada merece la excepción de ser nombrada en un soneto junto a Beatriz, ¡ cuán difícil, sino imposible, resulta la identificación de tantas otras figuras! ¿Quién es, por ejemplo, la mujer que, casi al principio del opúsculo, sírvele de pretexto para desviar a las gentes en el descubrimiento de su verdadera amada, ingenioso y cándido disfraz que ha de traerle tan amarga consecuencia? *Gentile donna* la llama, para diferenciarla, en más de un caso, de su *gentilissima ;* y ese adjetivo es todo su retrato. ¿ Y quién aquélla otra, *gentile donna e bella molto* que, casi al final del opúsculo, contempla piadosamente, desde su ventana, el doloroso aspecto del poeta, ya herido por inmensa pena? Estamos en presencia de una mujer que tiene la virtud de detener las lágrimas en los ojos del desconsolado; mujer que llega a rivalizar algún tiempo con la devoción póstuma del fiel amante. Empero, su figura se inmortalizará en esa misteriosa galería, sin otros atributos externos que su piedad visible y — ¡ oh, deliciosa pincelada etérea ! — *un colore palido quasi come d'amore.*

La vaguedad circundante que contrasta con el vigoroso análisis de los sentimientos, armoniza, en cambio, con la inmaterialidad fugitiva de Beatriz. ¿ Es de carne o de luz esa mujer que las gentes corren a contemplar, cuando pasa por la calle, movidas por una admiración que la diviniza ? ¿ Terrestre o celestial es esa criatura que a su paso despierta la religiosidad de las almas y enciende en los labios palabras maravilladas ? Cuando Dante se refiere a su persona física, dijérase que escribe arrodillado, como pintaba Fra Angélico a sus vírgenes. El temor de corporizarla parece aumentar la timidez de su corazón, y su palabra adquiere entonces no sé qué fluidez, qué tinte ingrávido, qué tenue y diáfana vaporosidad de halo místico. En plena puericia, en el primer encuentro con la niña, el color sanguíneo del traje que la viste, suscita únicamente su elogio, con exclusión de todo otro detalle físico; y en la segunda aparición, ya duplicada su edad, nuevamente el color del traje, ahora blan-

quísimo, grábase en su recuerdo. Pero en esta ocasión la gentilísima saluda al deslumbrado contemplador, y la voz soñada, que por primera vez llega dirigida a su oído, embriágale con tal dulzura que le aparta de las gentes, en busca de soledad para gozar su dicha. ¡Oh, la voz de la mujer amada, filtro mágico que diluye en el alma luz de astros y hace palidecer los cielos! Sólo una gota del elixir bastó para endulzar toda la vida del florentino, puesto que únicamente aquella vez escuchó su armonía a él dirigida, según se desprende de sus memorias juveniles, y aún en esa referencia calla las palabras que la acompañaron. Pero ¿qué palabras recoger de labios angelicales? Yo he considerado siempre en este silencio, al releer el pasaje, a una de las más sutiles adivinaciones estéticas del poeta adolescente. Nada más difícil y peligroso, en literatura, que hacer hablar a una divinidad. Y el lírico de la *Vita nuova,* que no se anticipa en esto al maestro sin limitaciones de la *Commedia*, agrega así un nuevo velo misterioso a la mujer que «no parece hija de mortal, sino de Dios», según el verso homérico que él recuerda para calificarla. Mas ni la voz fuera necesaria a quien para llegar al fondo de los corazones y transparentar el suyo, hace visible su pensamiento en la mirada y su bondad en la sonrisa. Y en los ojos y en la boca de Beatriz, laudados con epítetos de admiración pictóricamente imprecisos, cual si el poeta quisiera evocar tan sólo, de los unos el suave mirar y de la otra sus dos «actos» específicos, *l'uno de li quali è lo suo dolcissimo parlare e l'altro lo suo mirabile riso,* que es como representar a la flor por su perfume, en los ojos y en la boca de aquel rostro « color de perla» circunscribe el retratista los rasgos de la efigie. Los ojos son *principio d'amore; fine d'amore* la boca, dice comentando su canción primera. En seguida, alarmado por la interpretación « viciosa» que puede darse a esto último, puesto que si la boca es término de amor, surge la idea del beso como trofeo de conquista, el platónico amante apresúrase a recordar que únicamente en el saludo de su dama consistió toda su dicha, mientras logró merecerlo, y que de « las operaciones de su boca », el habla y la sonrisa, fluía la gracia de aquel encanto perdido para siempre...

Así pasa Beatriz por la vida de Dante, incorpórea, etérea, «visible pero no tangible», y el amor que inspira, libre de volup-

tuosidad y semejante a religiosa exaltación, toma de ella su incontaminable pureza. ¿A qué otra dicha, pues, hubiera podido aspirar el enamorado, sino a la felicidad de aquel saludo maravilloso, que sólo al presentirlo hacíale perdonar piadosamente toda ofensa, lleno de amorosa humildad; que al aproximarse reconcentraba en sus ojos temblorosos al amor indisimulable, y que al producirse determinaba en su cuerpo, por exceso de dulzura, el movimiento de *una cosa grave, inanimata?* ¡Ay dolor de su pérdida irreparable! La defensa de su amoroso secreto, que le induce a velar el objeto de su pasión en otra dama, levanta murmuraciones que mancillan su nombre. Y la inmaculada, *distruggitrice di tutti li vizi e regina de le virtudi*, niégale aquella dicha desde entonces...

¡Cristalino poema, diamante incofundible de la literatura amorosa! La luz olvidada del amor antiguo resplandece en sus aristas, pero transformado por el ascetismo cristiano; la poesía de los trovadores no logra su limpidez ni su intensidad; Italia no conoce en esa época joya de mayor brillo; la posteridad no ha superado su perfección en su género. Pero en ese ditirambo de amor platónico, cuyo perfume es la estela de una juventud casi totalmente desconocida bajo sus demás aspectos, el amor no está solo: también la presencia fúnebre palpita a través de sus episodios, desde el comienzo al fin, y antes de la catástrofe adquiere ya, en el presentimiento y la visión delirante, un valor patético que se adelanta a la tremenda y definitiva realidad. Al resplandor de sus antorchas confundidas, amor y muerte comparten el alma juvenil del poeta. ¡Temple magnífico para aquella alma heroica y austera, llamada a sufrimientos tan hondos y a destinos tan altos!

Sé muy bien que para percibir en su absoluta idealidad el aroma de la *Vita nuova* luchamos con un aire denso, cargado de enfermizas evaporaciones románticas. La progenie del desesperado personaje goethiano levanta sus próximos espectros, que cantan a nuestro oído, también, el ditirambo eterno y la invariable elegía. Werther, René, Jacobo Ortiz, Obermann y los demás exponentes del «mal del siglo» XIX, que seducen todavía a las almas juveniles con su tragedia confidencial, su absorbente subjetivismo y su melancolía simpática, evocan, sin

duda, por la forma autobiográfica del relato, la desnudez confesional y el análisis introspectivo, al pequeño libro dantesco. Mas ¡qué distancia, semejante a la del tiempo, entre el platonismo heroico del medieval y el morboso pesimismo de los modernos! ¡Qué diversidad de atmósferas al liberarnos del ambiente suicida, lleno de gérmenes fatídicos, en que respiran los nuevos románticos, y penetrar en aquel aire diáfano que perfuma los éxtasis del florentino y anuncia ya las zonas de la serenidad paradisíaca! La muerte que, literariamente embellecida con la atracción del abismo, cultiva, a expensas del amor, su fealdad descarnada en las tisis de las heroínas y su coágulo hipnótico en el boquete con que sella el plomo la frente de los amantes, adquiere, en la novela romántica, la consagración estética de la enfermedad sobre la salud, del desconsuelo sobre la esperanza. Pero ¡qué rayo elíseo el suyo en el huerto cerrado de la *Vita nuova!* Hermana mayor del sueño, sólo parece advertir su mayorazgo por una inmovilidad más estatuaria, por una palidez más uniforme. Del cielo desciende, divina mensajera, para devolver a su morada natural a quien vivió en la tierra lo suficiente para revelar su luz celeste. Cuando Dante presiente la próxima partida de Beatriz, el delirio le señala una multitud de ángeles que vuelven al cielo precedidos por una «pequeña nube blanquísima», que envuelve, acaso, el alma de la beatífica, como la tela del mismo color arropaba su cuerpo en el encuentro del primer saludo *Hosanna in excelsis* cree escuchar, entonces, en el coro angélico, el oído del visionario. Su corazón le confirma la muerte de la amada, y su «errónea fantasía» se la muestra cadavérica, pero con tal aspecto de humildad en el rostro cual si quisiera decir: *Io sono a vedere lo principio de la pace*, o sea: he vuelto al cielo y ya veo frente a mí al origen de la paz. *Oi anima bellissima, come è beato colui che ti vede!* — exclamará en seguida el enamorado, mirando hacia la altura, siempre con los ojos del delirio... Y cuando el presentimiento se cumple, ¡con qué emoción y qué arte elude el poeta en su elegía todo detalle corporal de la destructora! Divinamente transfigurada, Beatriz comparte el reino de los ángeles, llamada por el Señor, que no consideraba a esta vida terrenal digna de aquella criatura. Mas, en tan supremo plano, la muerte es ya, como

véis, apoteosis y glorificación, pierde el horror de sus huellas humanas y asume la idealidad de una música sidérea. ¿Y qué otra representación hubiera podido tener en el místico poema, si el sér mortal que lo inspira es de suyo incorpóreo y fúlgido? Beatriz cruza por la tierra como un rayo de luz sobre el paisaje: embellece lo que toca, pero se aleja intacta, defendida por su propia naturaleza ultraterrestre. ¡Y qué oscuridad proyecta su partida en el enamorado! Con sólo imaginarla, habíale parecido, en su rapto alucinatorio, que el sol se oscurecía, y lloraban las estrellas, y caían muertos los pájaros a mitad del vuelo y que se producían grandes terremotos. *Dolcissima morte, vieni a me,* clamó entonces su voz y agregó para atraerla: *tu lo vedi, che io porto già lo tuo colore.* Ahora que el presentimiento se ha cumplido, la muerte seduce de nuevo su corazón, y pensando en ella repetidas veces, siente un deseo tan suave de morir, que le *tramuta lo color nel viso...*

¿Recordáis a Werther y a sus atormentados secuaces? Apartemos, señores, de nuestra mente, la sombra de aquellas almas escépticas para las cuales la vida no fué misión sino carga, y que en la muerte encontraron la complicidad y el arma de su egoísmo. El poeta juvenil de la *Vita nuova,* aislado del mundo en la ebriedad de sus sentimientos; el apasionado adolescente que a través de ensueños y delirios, de imaginados duelos y de dolores reales, nos muestra su primavera interior sin recoger los ecos del mundo que lo circunda, extraño a todo lo que no sea un reflejo de su drama íntimo, cierra su libro con la más alta de las promesas y el más noble de los ideales: sobrevivirse en la tierra para honrar entre los hombres a su adorada, como ninguna lo fuera. Y así pone término a su vivido poema, callando hasta poder hablar más dignamente de la bienaventurada, tras largo estudio sin reposo. Y aquí termina la adolescencia del lírico y se desvanece la nube que parecía aislarlo; y aquí nace el hombre, el ciudadano, el luchador de un mundo concreto.

¿Qué ha sido su *vita nuova,* sino un sueño, alternativamente feliz y doloroso, en los reinos abstractos del sentimiento? Pero benditos sean los sueños que se hacen sangre de nuestras venas y se transforman en cosa viva, triunfal, generadora. El lírico de Beatriz está fuera del mundo; su encantado universo, libre

de odios y miserias, gira en torno de una mujer hecha de luz. El hombre que surge de aquel sueño, movido por un ideal más alto y una voluntad más heroica, penetra en la vida de los hombres como en un campo de batalla. Conocerá la violencia de las pasiones, el dolor de la ingratitud y la injusticia, la tristeza del destierro, la amargura de la soledad y las mezquindades de la lucha. Su corazón se endurece, su alma adquiere el brillo siniestro del espacio bajo la tempestad.

¿Qué sobrevive en este hombre del rimador suspirante de la *Vita nuova?* ¡Oh, jóvenes amigos a quienes voy a dirigirme especialmente! Sobrevive el sueño, el sueño inmortal de su primavera; el sueño activo, creciente, enriquecido, inmensamente acrecentado que fué la parte invulnerable, incorruptible y defensora a través de todas las miserias del mundo; sobrevive la etérea Beatriz de los primeros años, pero transformada en símbolo tan elevado y universal, que para seguir su vuelo y ascender a ella debemos reconstruir la ascensión dantesca partiendo desde las últimas palabras de la *Vita nuova* y deteniéndonos en los tres jalones del camino que señalan la teológica filosofía del *Convivio,* la doctrina poética y lingüística de *La vulgare eloquenza,* la concepción política de *La monarquía,* o sea los sistemas moral, idiomático y social que se fusionan con maravillosa unidad orgánica en la *Commedia* llamada divina; mas llegados a la *selva oscura* y sin temor al largo viaje que Virgilio anuncia, deberemos aún atravesar los tres inmensos reinos alegóricos, antes de anegarnos en aquel infinito de luz paradisíaca, en cuya suprema altura colocó al más alto de los sueños el más alto de los poetas.

Ejemplo reconfortante que es necesario presentar a la juventud. « Estamos hechos de la misma tela que nuestros sueños », dice el mago de la *Tempestad,* de Shakespeare. Grande, generosa y bella será la vida si lo es el ideal que la alimenta. Un sueño noble nos defiende como un escudo, si a nuestra vez lo defendemos con la pureza del alma. En esta conmemoración universitaria de aquella cumbre del genio latino, recordémoslo de nuevo: también Dante fué joven.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.